

Tercera parte: sistemas culturales

Antonio Cornejo Polar y la cultura popular.
Su experiencia en la Casa de la Cultura de Arequipa*

Antonio Cornejo Polar diseñó la Casa de la Cultura de Arequipa. La diseñó no como un centro meramente difusor del arte y la cultura de élite —que es lo que sus mentores habrían esperado de ella—, sino como un agente reactivador de todas las vertientes de la cultura: desde lo popular y tradicional hasta lo erudito, pasando por las prácticas que organizan la vida colectiva y deciden la identidad de los pueblos. Más aún, la ideó como un foro de interacción dinámica de todos esos componentes, y de reflexión sobre el rol de la cultura en el desarrollo de la vida social. Visto a distancia, su proyecto se revela asombrosamente anticipatorio para su tiempo y bastante completo para un joven que recibe el encargo a los veinticuatro años de edad.

La Casa de la Cultura fue creada en 1962 por acuerdo del Concejo Provincial de Arequipa. Para organizarla y dirigirla, un sector de la población quería a un escritor o artista de reconocida trayectoria en el medio, pero el Concejo eligió al joven Cornejo Polar, que acababa de regresar de un postgrado en Madrid. Se le acusó de representar a la cultura libresca, no a la cultura viva del pueblo;

* Se publicó en inglés, bajo el título de «Antonio Cornejo Polar and Popular Culture: His Experience in "La Casa de la Cultura" of Arequipa». En Cristina Soto (ed.), Antonio Cornejo Polar, 1936-1997. In Appreciation and Acknowledgment to The Class of 1941 World War II Memorial Chair [Berkeley: U. of California at Berkeley, 1998, pp. 11-12]. Se reimprimió en la segunda edición, expandida, del mismo folleto: 2000, pp. 21-22.

también de representar a la clase privilegiada, no a las mayorías del lugar. A todas estas objeciones Cornejo Polar respondió luego con un trabajo ejemplar, que implícitamente adhería a una noción amplia —se diría más sociológica que estética— de la cultura, y a una suerte de ética —más que una política— de la promoción cultural.

Su trabajo —en consonancia con lo que en Lima haría el director de la Casa de la Cultura del Perú, José María Arguedas— comienza por destacar la base profundamente social de la cultura, por sobre una noción individual que la asume como erudición y como adorno. De ahí que deliberadamente evite duplicar las actividades de universidades y academias de profesionalización, para impulsar la producción simbólica del pueblo, la tradición, el folclor, el imaginario campesino y de las clases no privilegiadas de la sociedad. De ahí también que lleve la promoción cultural desde sus recintos consagrados —el teatro y el salón, a los que no renuncia— hacia los pequeños salones y clubes distritales, sindicatos, coliseos, plazas públicas y aun cárceles. Dos de sus estrategias concretas pueden explicar bien el sentido de ese cambio: los ciclos llamados «Jornadas Populares de Cultura» y los recitales de lírica popular arequipeña.

Las Jornadas eran semanas completas de actividad cultural desarrollada en sectores no privilegiados de la población, en que participaban la Orquesta Sinfónica, el Coro Polifónico Municipal y otras instituciones de la cultura erudita, junto a las expresiones propias de la cultura local: artesanías, música, culinaria, etc. Contra el principio condescendiente de la cultura, según el cual los sectores privilegiados deben ilustrar a los sectores culturalmente subdesarrollados de la población, las Jornadas apelaban a la base popular de toda expresión de cultura. Entonces en las Jornadas la orquesta explicaba sus modestos orígenes instrumentales y melódicos, el coro incluía en su repertorio temas del lugar visitado, el teatro dramatizaba asuntos que implicaban a su audiencia, etc. Así, pues, en las Jornadas se borraba la línea de separación —ciertamente clasista— entre las culturas intelectual y popular, o si se quiere, entre las culturas dominante y subalterna, para establecer

un continuum vivencial y una experiencia democratizadora de la cultura.

Los recitales de lírica popular arequipeña —muchas veces parte de las Jornadas— eran un esfuerzo deliberado por conservar e impulsar el «yaraví», la lírica musical característica de Arequipa y de su condición de cultura mestiza. Estos recitales convocaban públicamente a los cantores —ya pocos, y casi todos de la tercera edad— que aún cultivaban el género, e invitaban a las nuevas generaciones a tomar la posta de la tradición. Su apoteosis estuvo en la «Fiesta del Yaraví», una noche de febrero de 1965, en que miles de arequipeños de todas las edades se juntaron en un bello rincón del barrio de San Lázaro para reencontrarse masiva y jubilosamente con una de las formas ilustres de su identidad histórica. Que Antonio Cornejo Polar actuaba deliberada y lúcidamente en este proyecto lo prueban la revista cultural que fundara por esas épocas, precisamente llamada Yaraví, anexo de la Casa de la Cultura, y los ensayos que sobre esta forma lírico-musical y sobre las literaturas tradicional y popular escribiera por esas fechas.

Estas concepciones democratizantes de la cultura generaron, por supuesto, absurdos dictámenes y no pocas polémicas en un medio tan elitista y conservador como el arequipeño de los años sesentas. Se argumentaba que se venía rebajando la cultura, desvirtuando la música clásica, politizando el teatro y la pintura, vulgarizando la literatura y ofendiendo los valores religiosos y cívicos de la familia arequipeña. Ése fue al menos el contexto en que se dio la polémica de Cornejo Polar, católico honesto y moderno, con algunos sectores intransigentes de la Iglesia, en junio de 1965, luego de realizado el Primer Encuentro de Narradores Peruanos. Ahí se reveló como un observador agudo de las tensiones entre la tradición y el cambio, y un defensor de la independencia de la producción simbólica.

El Primer Encuentro fue la empresa con que Antonio Cornejo Polar coronó sus funciones en la Casa de la Cultura de Arequipa. Es posible que con el paso del tiempo y el cambio generacional pocos recuerden los importantes foros de divulgación científica,

tecnológica y filosófica (como «Imagen del pensamiento contemporáneo» e «Imagen del mundo físico») o los certámenes literarios y artísticos por él organizados. Pero nadie vinculado a lo literario desconocerá el papel de Cornejo Polar como organizador y anfitrión del Primer Encuentro. Él diseñó la estructura básica del certamen, con su fundamental sección de «testimonio personal», y él introdujo ahí los debates de mayor relevancia, como aquél sobre la función de la literatura. Es ahí donde, durante su intervención central, el joven Cornejo Polar esboza las líneas centrales del campo al que dedicará después la mayor parte de su vida intelectual —la heterogeneidad literaria y cultural de sociedades en conflicto— y que hoy es en uno de los sistemas conceptuales básicos para entender la realidad de América Latina.

Recordar estos hechos del inicio intelectual de Cornejo Polar, ahora que él ya no está más entre nosotros, significa comprobar la coherencia de un pensamiento sistemático y profundo, cada vez más rico y enriquecedor. Comprobar también la honestidad de quien siempre entendió que el trabajo intelectual no era (no es) una función pura del talento individual, sino una actividad necesariamente tramada con la historia, la sociedad y el desarrollo colectivo.

[Buenos Aires, mayo de 1998]

Antonio Cornejo Polar y la
universidad popular latinoamericana.
Su experiencia como Rector de San Marcos*

Antonio Cornejo Polar concibió e intentó sacar adelante un nuevo modelo de universidad: la universidad popular latinoamericana. Claro que no fue el primero en emprenderlo,¹ ni estuvo solo en el proyecto,² pero la originalidad de su pensamiento —que orientó

* Se publicó en Raquel CHANG-RODRÍGUEZ (ed.), «Homenaje del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana [a Antonio Cornejo Polar]», sección especial de la Revista de Crítica Literaria Latinoamericana N.º 50. Lima-Hanover N. H., 2.º semestre de 1999, pp. 41-49.

¹ Víctor Raúl Haya de la Torre impulsa la fundación en el Perú, en 1922, de la Universidad Popular González Prada, que luego será adscrita al APRA. «Esta primera experiencia —escribe Antonio Cornejo Polar, en un inédito sobre la proyección social universitaria puesto a mi alcance por su familia— fue asumida desde dos vertientes: [para] quienes tenían formación universitaria y estaban integrados a la institución, la Universidad Popular era la mejor plasmación del concepto de “extensión universitaria”; para quienes provenían de otros campos y tenían un agudo escepticismo frente a la universidad, como Mariátegui, el sentido de esa experiencia era otro y estaba definido por su autonomía. En otras palabras: la Universidad Popular no era una agencia de San Marcos sino una institución que plasmaba otro modelo de Universidad.» Lejos de la noción de extensión universitaria, que dejaría al pueblo en condición pasiva y meramente receptora, el modelo de universidad popular de Cornejo Polar se aparta también de experiencias más recientes, como la de la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP), que entiende al pueblo como pasible de elevación espiritual y cultural, no como agente productor de conocimiento.

² Lo acompañaron, entre otros, los profesores miembros de la Comisión de Renovación encargados de formular una redefinición de principios de la Universidad de San Marcos: Jorge Campos Rey de Castro, Tomás G.

el modelo hacia la pluralidad cultural latinoamericana— y la materia que al respecto dejó escrita —en tanto que ideólogo del movimiento Renovación y luego Rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos—, son de tal trascendencia que bien se puede hablar aquí en singular. Distinta a la universidad popular alemana de Max Scheler ([1921] 1957),³ la universidad concebida por Cornejo Polar no entiende al pueblo como una sola formación sociocultural, cuya clase trabajadora participa de los mismos valores básicos —germánico-nacionalistas, en el caso promovido por Scheler— de la élite intelectual, sino como una heterogeneidad básica, en que las masas desposeídas provienen de vertientes culturales tan diversas y hasta opuestas como la indígena, la africana, la asiática y la occidental. De esa diversidad el modelo de Cornejo Polar extrae lo que puedo llamar una epistemología de refresco que, según veremos, expande y aun endereza la información provista por la universidad tradicional. Distinta también a la universidad meramente profesionalista, en general promovida por y para la empresa privada, la universidad popular de Antonio Cornejo Polar está destinada a servir a los intereses del pueblo: a recuperar, producir y difundir el saber que beneficie material y espiritualmente a las grandes mayorías, y no sólo a los sectores privilegiados de América Latina.⁴ Last but not least, esta universidad

Escajadillo, Javier Fernández Nique, Hernán Espejo y Julio Sanz Elguera. También los miembros de la Comisión Coordinadora del movimiento: Marco Martos, César Germaná, Antonio Meza Cuadra, Javier Fernández, Víctor Orihuela y Armenio Chávez de Paz; y los vicerrectores Ernesto Melgar y Alfredo Torero.

³ En este trabajo, Scheler plantea una universidad popular ideológicamente neutra (371), esto es negada a la idea marxista de una cultura de clase proletaria (367), que llene «mediante la cultura [alta y “resonante”] como dice en otro lugar —nota de R. B.] el vacío del alma del obrero» (375). Hace ahí referencia a textos de Werner Picht (páginas 355 y 366), como *Die Deutsche Volkshochschule der Zukunft: eine Denkschrift* —La universidad popular alemana del futuro, 1919), en los que se habla sobre la educación de adultos y las escuelas comunales superiores de educación continua, al parecer con un sentido menos filosófico y más pragmático que Scheler.

⁴ Este compromiso con el saber popular es lo que hace más distinto el proyecto de Antonio Cornejo Polar de los que animan a instituciones como la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla. En ésta, la alusión a lo popular no

popular está destinada a indagar las raíces de la identidad dentro de la pluralidad cultural, y a enrumbar los factores de signo positivo que permitan su afirmación y desarrollo.

En su diseño de universidad, Cornejo Polar obró con gran autonomía de criterio: no imitó modelos extranjeros (aunque no los soslayó), ni reeditó desgastados modelos locales, sino que sacó a luz y dignificó el modelo universitario que la coyuntura histórico-social y la necesidad habían venido perfilando espontáneamente en las universidades nacionales de América Latina. Profundizó, es cierto, en la problemática de la cuatricentaria Universidad de San Marcos, tan aquejada de múltiples abandonos internos y externos, pero su empresa apuntaba a un horizonte más vasto: a diseñar una universidad de y para América Latina, que remediara la alienación subordinante impuesta por la universidad profesionalista, tecnocrática y globalizante que hoy campea en el área. Al respecto, ya como Rector de San Marcos y plenamente consciente del papel histórico que su proyecto podría cumplir, dijo en su discurso inaugural del año académico de 1985:

[...] es obligación de San Marcos, como Universidad del Perú íntegro y como Decana de América, generar un concepto de Universidad que supere el gran ciclo de la Reforma [de 1918], cuya trascendencia nadie desconoce, pero cuya pertinencia histórica resulta hoy cuestionable, y constituirse en propulsora, como antes lo fuera la legendaria Universidad de Córdoba, de un nuevo movimiento latinoamericano que, en contradicción con el proyecto tecnocrático de la burguesía, piense, formule y realice el modelo de una Universidad auténticamente popular. (CORNEJO 1985.)

El estado inicial de esta historia radica en la paulatina masificación de la universidad estatal de América Latina, visible ya en los años cincuenta, pero crítica en los años sesenta y siguientes, en que un nuevo contingente estudiantil —constituido por jóvenes de la clase media baja, los hijos de obreros y campesinos, los

apunta propiamente a la recuperación de un saber, sino a una actitud generosa de la élite intelectual, en verdad schelerianamente condescendiente, para incorporar al pueblo carente de recursos en los privilegios de la educación superior.

jóvenes del interior y de la periferia: una muchachada en general marcada por los signos de la alteridad— reclama su derecho a la instrucción superior y accede a universidades como San Marcos. Con su presencia, estos estudiantes democratizan una universidad que había sido bastión de los hijos de la oligarquía, primero, y de la burguesía modernizante, después, repoblándola con una humanidad distinta, que ofrece referentes de realidad tan cargados de información alternativa como de necesidades. Pero los sectores tradicionales no los entienden como un contingente de refresco de la institución universitaria, sino como una masa ignorante e incivil. Una masa que no hace otra cosa que rebajar la calidad académica del recinto y hacer uso del poder que le otorgan su cantidad, y el derecho reformista al cogobierno. Entonces dos cosas ocurren (y la observación es del propio Antonio Cornejo Polar): por un lado, los sectores dominantes encuentran que más fácil que luchar por la hegemonía en las universidades nacionales es crear instituciones privadas que atiendan a las necesidades profesionales de sus vástagos (el sistema tecnocrático de universidad), y, por otro, el Estado deja de ser presionado por las demandas educacionales de los sectores dominantes y descuida económicamente las universidades nacionales, que así entran en la espiral progresiva del desorden y la mayor desatención. Es aquí donde ingresa el talento creador de Cornejo Polar para enderezar los signos con que hay que leer toda esta situación.

Como en sus trabajos de crítica o de estudios sobre la cultura, también en sus trabajos sobre la educación superior Cornejo Polar comenzó por una aguda observación de la realidad. Observar era en él una actividad sui géneris, de amplísimo espectro, pues aparte de estar regida por una rigurosa objetividad, que en general le rendía una información que iba más allá de las evidencias, también la regulaba una teleología humanista y reivindicadora, que le permitía descubrir el bien oculto y la estimable posibilidad latente dentro de una realidad deficitaria y aun vituperada. Así vio en San Marcos lo que para otros era invisible por evidente (y además ignominioso): su condición de universidad popular de facto. Leyó con signo positivo la posibilidad trascendente de esa condi-

ción: producir un conocimiento enraizado en el pueblo. Y adelantó su función de más alcance: ofrecer alternativas de desarrollo a las grandes mayorías nacionales. Al respecto escribe en enero de 1983 (en el inédito «documento de trabajo»⁵ que sirve de base a los «Lineamientos para la reestructuración de la Universidad» difundidos por el movimiento Renovación de San Marcos⁶):

Conviene partir de una evidencia: la Universidad de San Marcos es una universidad popular, probablemente más por el imperio de las condiciones del proceso social peruano que como resultado de una política institucional al respecto. En todo caso no se puede negar que una inmensa mayoría del alumnado y un sector creciente del profesorado de nuestra Universidad provienen o asumen los intereses de las clases populares. A ello debe agregarse la demanda histórica de los pueblos como el nuestro para que la institución universitaria se comprometa con la solución de los problemas de las grandes mayorías nacionales.

Pero:

Lamentablemente San Marcos no ha asumido creadoramente su condición de universidad popular [...] no tuvo la audacia ni la lucidez suficientes para resolver con imaginación, creatividad y realismo los problemas surgidos de su condición de universidad popular.

Entonces:

La Universidad Nacional Mayor de San Marcos debe propiciar la producción de una cultura, una ciencia y una tecnología enraizadas

⁵ También puesto generosamente a mi disposición por la familia de Antonio Cornejo Polar, junto a otros documentos y recortes periodísticos alusivos a su rectorado.

⁶ Comisión Coordinadora de Renovación de San Marcos: «Lineamientos para la reestructuración de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos». En: Renovación de San Marcos #4/5. Lima, julio/octubre de 1983; pp. 2 y ss. Sobra decir que estos lineamientos, en la medida en que resultan de un consenso y apuntan cautelosamente a concitar la atención de la mayoría del profesorado sanmarquino, no acogen la totalidad, la precisión, la hondura, ni el ímpetu revolucionario del pensamiento de Cornejo Polar expresado en el inédito en referencia.

en la experiencia y en la conciencia populares y al servicio de los intereses de las mayorías nacionales.

Porque

San Marcos está en la obligación de demostrar que su carácter popular no sólo no es un obstáculo para alcanzar un alto nivel académico, sino, por el contrario, una condición necesaria para el mejor cumplimiento de sus fines específicamente universitarios.

En otro documento también parcialmente inédito, éste sobre la llamada extensión universitaria, Antonio Cornejo Polar hace esta contundente afirmación: «Creo que San Marcos no tiene sentido —ni destino— sino como universidad popular». No hay cifra más cabal para destacar el papel histórico que le cabe aún cumplir a San Marcos, y a otras universidades latinoamericanas como ella, en esta era de negociaciones entre modernización y desarrollo social, globalización y diversidad, cosmopolitismo y alteridad, neoliberalismo y democracia... A la pregunta sobre el sentido de lo popular en lo universitario, Cornejo Polar responde en el mismo documento con un breve pero agudo análisis de la noción de «extensión universitaria», tan cara a la reforma del 18 y supérstite aún en la «proyección social» de la reforma velasquista de los años setenta. Más allá de la antigua crítica de Scheler, que ya veía en la extensión universitaria una actitud no propiamente surgida de los intereses del pueblo,⁷ Cornejo Polar enseña que esa noción supone al pueblo en la periferia del conocimiento, como algo no integrado de modo sustancial a los afanes universitarios, a la vez que supone a la universidad como una entidad necesariamente de élite, paternalista y condescendiente. En cambio, la universidad popular a la que adhiere Cornejo Polar entiende más bien al pueblo como soporte y marco de sus actividades. También como fuente de información y objetivo central de la producción y difu-

⁷ Contradictoriamente, en el mismo ensayo Scheler tipifica a los dirigentes de su universidad popular con términos que recusa en la extensión universitaria: hombres de abnegada labor, «particularmente cultos, con una cordial disposición [léase: en actitud benevolente –nota de R. B.] para con el pueblo» (SCHELER [1921] 1957: 364).

sión del saber. Por consiguiente, y porque se le pide insistir en el término, propone una proyección social de sentido enderezado, que acabe con la magra aspersión benevolente del saber y suponga una interacción fluida, democrática y creadora entre la universidad y el pueblo. Como bien dijo en su discurso de inauguración del año académico de 1985:

San Marcos puede ser mucho más que una institución solidaria con las causas populares [... Puede ser] el pueblo mismo en su instancia creadora de ciencias, humanidades y tecnologías. (CORNEJO 1985: 31)

Creo que el mayor mérito del modelo universitario impulsado por Cornejo Polar consiste en acoger innovando —y no tal cual— la tradición reformista de la América Latina republicana. Una tradición que en todos sus momentos, incluidos los más destacados de la fundación de la Universidad de Chile por Andrés Bello, en 1842, y de la reforma de Córdoba, en 1918, debe mucho, en sus virtudes y errores, al llamado modelo alemán de universidad, que es un modelo que va de Kant (el de La polémica de las facultades, 1798) a Guillermo de Humboldt (el de la fundación de la Universidad de Berlín en 1810).⁸ El proyecto de Antonio Cornejo Polar no desconoce los fundamentos de ese modelo, ni sus contradicciones (su elitismo altamente jerarquizante y burocrático, según Darcy Ribeiro), pero les da un giro revolucionario a partir del simple pero trascendente reconocimiento de la condición popular de la Universidad de San Marcos. Véase bien: este gesto implica toda una remoción epistemológica, pues reivindica con valores de ciencia y tecnología el saber popular, elevándolo desde la condición de mero dato antropológico hasta la condición de materia en sí del trabajo científico; legitima también al pueblo como sujeto válido de conocimiento científico, extrayéndolo de la pasiva situación de simple objeto de estudio; y abre un ancho campo de investiga-

⁸ Aparte del citado volumen del INSTITUTO DE FILOSOFÍA DE LA U. DE MONTEVIDEO 1957, aquí se ha consultado el ensayo de Ignacio SOTELLO (1997: 141-173); y el capítulo «Modelos estructurales de universidad» del libro de Darcy RIBEIRO 1971; en especial las pp. 39-42 dedicadas a «La universidad alemana».

ción para la recuperación de antiguos saberes y tecnologías, algunos de ellos milenarios que, por apropiados al medio que los origina, se prueban en muchos casos más eficientes que los recursos aquí instalados apresurada e irreflexivamente por las distintas avanzadas logocéntricas y modernizantes.

En su discurso de Rector leído durante la ceremonia inaugural del año académico de 1985, Antonio Cornejo Polar destaca la producción de conocimientos por sobre la mera «difusión de saberes ya adquiridos» (CORNEJO 1985). Por ello mismo incluye como tarea prioritaria el desarrollo de las ciencias básicas. Antes, en el «Documento de trabajo» del 17 de enero de 1983 al que ya hice referencia, destaca «lo mejor de la extensa tradición democrática» de San Marcos, aludiendo no sólo a los valores que ilustran esa tradición y a la reciente composición humana de la universidad, sino a la interacción cognoscitiva entre profesores y alumnos, que cristaliza en el lema de aprender enseñando y enseñar aprendiendo. Ambos principios —producción de conocimientos e interacción democrática— ya habían sido valorados por el modelo alemán de universidad, pero en la propuesta de Cornejo Polar adquieren un sentido auroral, ciertamente revolucionario, a partir del reconocimiento de la índole heterogéneo-popular de la universidad latinoamericana: esta vez los estudiantes proponen y hasta imponen gnoseologías alternativas: tienen cosas nuevas para enseñar, comunicar, discutir, aprender y producir. Esta vez la interacción se da entre los distintos componentes del espectro cultural del Perú y de América Latina —vale decir entre los componentes varios de una heterogeneidad dialogante. Se abre entonces un territorio virgen de aprendizaje y conocimiento, y una manera innovadora de producir información y de hacer ciencia.

Una seña de la riqueza cognoscitiva de este modelo la dio el profesor Luis Guillermo Lumbreras en su clase magistral pronunciada durante el acto inaugural del año académico 1985 (LUMBRE-RAS 1985: 11-25). Entre muchas tecnologías populares aplastadas por el conquistador europeo y el ímpetu modernizante, Lumbreras resaltó el caso del cultivo en «camellones», que eran pequeños amontonamientos de tierra cultivable colocados sobre suelo infértil.

En un medio inundable y pedregoso, inapto para la agricultura, los antiguos pobladores de las orillas del lago Titicaca lograban sustanciales cosechas en paquetes de tierra cuidadosamente instalados sobre la grava húmeda, a la vera del lago. Ésta atraía por capilaridad el agua que requerían las raíces de lo cultivado, y las pequeñas elevaciones nutrían las plantas a la vez que las protegían de las inundaciones y lluvias torrenciales. Era un sistema delicado pero eficiente de producción en un ambiente hartamente difícil y aun hostil. Huelga decir que con la conquista llegó la tecnología europea, supuestamente más eficiente, y con ella llegó el arado que, a lo bruto, allanó el terreno, mezcló gravilla y tierra, disolvió en pocos años el atesorado humus y destruyó, quién sabe si para siempre, un finísimo equilibrio de medio ambiente y tecnología de producción agrícola.

Tengo ya más de treinta años en la docencia universitaria en distintos puntos de las Américas, pero debo confesar que pocas veces me sentí tan lleno de emoción académica como en los días de instalación del rectorado de Antonio Cornejo Polar. Eran días de fervor intelectual en que ya avizorábamos el aporte de la universidad a la solución de nuestros problemas ancestrales. Días de contagiante fe en la capacidad innovadora del pueblo y del intelectual a su servicio: habíamos recibido la voz y estábamos construyendo nuestra propia universidad y nuestro destino como intelectuales, como nación, como ciudadanos del mundo en desarrollo. Nuestro era el futuro; nuestra la imagen de un nuevo estilo de educación superior, modelo para el mundo en proceso de descolonización; nuestros, el fuego del cambio, la pasión de la verdad hallada y la fuerza de una nueva racionalidad, que se elevaba en desafío a la razón logocéntrica, acumulativa, monetarista, occidental; nuestros, en fin, la reivindicación, la pluralidad, la convivencia, el diálogo, el sentido de afirmación y otros valores que apuntaban al encuentro inequívoco de un desarrollo y una identidad propios, receptivos de los aportes aprovechables del mundo. Vivíamos una inédita emoción universitaria, que de puro júbilo nos ponía al borde de las lágrimas.

Pero lamentablemente eran días muy difíciles. El Perú se desangraba en una guerra interna y la universidad estaba siendo dividida entre los bastiones del conservadurismo profesionalista, que quería recuperar su hegemonía, y el extremismo de izquierda, que no disimulaba sus vínculos con la subversión. Y aunque para un sector —como para el gobierno de turno— los de Renovación éramos la faz amable del comunismo nacional o internacional y, para el otro, una versión asolapada de los intereses de la burguesía, veíamos con asombro cómo los dos extremos se tocaban y aun se aliaban en su misión de socavar el proyecto de Cornejo Polar. Debo reconocer que los de Renovación, y más exactamente quienes estuvimos cerca del rectorado de Cornejo Polar, no supimos o no pudimos estar a la altura de las circunstancias y permitimos aquel socavamiento. No hicimos la pelea adecuada, aunque tampoco supimos cuál habría podido ser ésta. El proyecto se entrampó internamente. El gobierno lo dejó desangrarse y sin fondos. El Rector fue quedando atrapado en una infinita red de solicitudes menores, que tanto le impedía actuar como lo aislaba de los suyos. Pronto dejó de dormir, se le quebrantó la salud y tuvo que ser hospitalizado. Por fin, atendiendo al reclamo de quienes unos meses antes lo habíamos impulsado hacia el rectorado, renunció al cargo en julio de 1986. Su sueño —nuestro sueño— había durado en el aparente poder menos de dos años.

Antonio Cornejo Polar salió del Perú en agosto de 1986, tanto para restablecer la salud como para recuperar su trayectoria académica —y la de su *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*— en las condiciones de estabilidad y eficiencia que sólo un sector respetuoso y simpático del Primer Mundo podía ofrecerle. Ambos objetivos eran una necesidad; pero también un derecho que se había ganado a pulso, después de veinticinco años de esforzada labor de investigación en situaciones de precariedad e incertidumbre. Han pasado doce años desde entonces; y poco más de un año desde el fallecimiento de Antonio Cornejo Polar. Se diría que tengo ahora el temple como para hablar objetiva, distante y desinteresadamente de todo aquello. No puedo. Una nostalgia infinita me invade, asociada al pesar de saber que San Marcos es víctima

de una larga intervención militar.⁹ Pero también me invade la invicta convicción de que nada de lo emprendido bajo el Rectorado de Cornejo Polar fue en vano; de que el modelo en sí pasó con suficiencia su primera prueba, consistente en demostrar que era tan viable, tan suficientemente bueno, tan revolucionario, que se convertía en un peligro para todos los interesados en mantener el status quo y las prebendas del poder partidario o de grupo. De modo que tuvieron que combatirlo hasta el punto de paralizarlo. Lo lograron. Al menos hasta ahora.

Mas debo señalar que una cosa es una administración coyunturalmente frustrada y otra el conjunto de principios que la animan. Éstos todavía se mantienen enhiestos y en espera de la gente, el lugar y el momento oportunos. Considero que hoy por hoy, cuando se habla de los peligros de la cultura global y de la pérdida de identidades, la universidad auténticamente popular se ofrece como uno de los recursos más poderosos para mantener nuestra identidad plural, nuestra independencia y nuestra estima en cuanto productores de conocimiento. Bajo esa convicción, y con la autonomía constructiva que me otorga la institución que ahora me acoge —respetuosa de alteridades y atenta a desarrollos alternativos— es que me comprometo a ayudar a que los textos de Antonio Cornejo Polar sobre San Marcos y la universidad popular latinoamericana se organicen, decanten y difundan.

[Santiago de Chile, junio de 1998]

⁹ Poco después de leídas estas páginas, la intervención militar a las universidades estatales del Perú, que ya duraba un lustro, fue suspendida por orden del flamante primer ministro Javier Valle Riestra. Éste, dicho sea de paso, no alcanzó a cumplir dos meses en el cargo. Nota de octubre de 1998 –R. B.